

Miles Davis, aproximadamente

Reflexiones estivales en torno a "Miles Ahead"

Look man, all I am is a trumpet player

Playboy, Septiembre de 1962

Acudo –porque sí, porque me da la gana- a encontrarme con Miles –Madrid, mes de agosto, Día del Espectador - venciendo la natural pereza que me producen estas cosas. Cine y jazz, se nos dice, dos artes gemelas, Yin y Yang, Isabel y Fernando. Y una leche.

Si hay dos manifestaciones estético-artísticas incompatibles entre sí, son esas. No hay cosa peor, ni más aburrida, que el *Bird* de Clint Eastwood; ni mayor coñazo que el "Cotton club" de Coppola. Se salvan: *Let's get lost* –alguien que conoció a Chet Baker hablando sobre Chet Baker- y *'Round midnight*, donde Dexter Gordon hace lo que le viene en gana, y por eso.

Contar en imágenes la existencia de un músico de jazz es reproducción, muermo, falsedad, hastío. Acaso el problema tenga menos que ver con el género musical que con el cinematográfico: los llamados *biopics*. Me cuesta recordar uno que valga la pena (*Citizen Kane* no vale).

Vuelvo adonde empecé.

Madrid, mes de agosto, etc. Han transcurrido 35 minutos de *Miles ahead* y no he caído fulminado por el rayo del tedio. Ni yo, ni ninguno de los presentes en la sala, hasta donde se me alcanza. El personal se ríe cuando hay que reírse, comenta en voz baja cuando suena *Seven steps to heaven*, y se va como ha venido. "Estoy decidiendo si me ha gustado", le cuenta el uno a la una. Estoy por seguirles pero debo ir adonde van las personas de edad cuanto finaliza la proyección de la película. Me quedo sin conocer el veredicto.

Me pregunto qué habrá sacado en limpio del asunto el gachó, qué sabe de Miles que no sabía antes, si va a salir corriendo en dirección al Spotify para escuchar la saeta de *Sketches of Spain*. Permanezco unos instantes escuchando a la pareja –saxofón y guitarra- que toca *So what* a las puertas de la multisala. De repente, lo veo claro.

Una luz en la oscuridad

Lo primero que hay que entender: *Miles ahead* no es una película sobre Miles Davis, sino otra cosa, que no se sabe muy bien lo que es. Todo, menos un *biopic*.

Miles ahead es *La guerra de las galaxias*, *Batman vs. Superman*, *Alicia en el país de las maravillas*. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Lo digo yo y lo ha dicho, aunque no con estas palabras, Herbie Hancock. Me llama la atención que apenas se haya hablado del tema.

Que el realizador haya sacrificado la realidad de los hechos probados/consensuados en aras de la conveniencia dramática no es que importe mucho. De hecho, se agradece. Más o menos, es lo que hacían las vedettes del despelote en nuestra transición cuando enseñaban cacho por exigencias del guión. Una teta de Nadiuska, Miles Davis a tiros por las calles de Nueva York: lo mismo.

Miles-Skywalker pistola en mano, follando a pares en su zulo del Hudson –otro tipo de tiroteo-, arreando mandobles a diestro y siniestro junto a su Pedrín de marras (o su Paudras, si prefieren una referencia más jazzística), el tal periodista de Rolling Stone, su partenaire en la película, tan falso como todo lo demás. Miles-Rambo, Miles-Shaft, Miles-Skywalker: lo que estás viendo, espectador de pago en el día del ídem, nunca ocurrió. Se lo tengo leído a un filósofo probablemente francés: el peso de la realidad real lastra en su credibilidad la realidad cinematográfica, o algo así.

Pero el personal se lo ha tragado y hay quién, como el comediante Dick Gregory, anda con el cuchillo entre los dientes esperando encontrarse con el padre de la criatura, no tomarás el nombre de Miles Davis en vano.

Don Cheadle se mira ante el espejo de *Blancanieves*, o de la bruja, mientras hace que toca. Su “Miles” es parecido en todo al original, menos en lo más importante. La realidad-real es tozuda: se ha gastado la mitad del presupuesto en agenciarse una trompeta carmesí, hortera como ella sola, como las que usaba el último Miles. Sin embargo, está la otra trompeta, la que Miles utilizó durante la mayor parte de su vida –larga y delgada, de un plata tibio-, que no es la que aparece en las escenas retrospectivas. Lo sé de primera mano. He tenido un ejemplar en mis manos. Pero ésta es otra historia que espero poder contar algún día.

Lo malo: que cinematográficamente, *Miles ahead* tampoco es gran cosa. Sé de lo que hablo. El cine ha sido la ubre de la que he succionado mi leche nutricia en los años en que uno se estaba cocinando; mi sustento vital, mi alimento diario, antes incluso que el jazz.

Vuelvo al asunto del que nunca he salido

Tras de la realización un punto confusa – tonos oscuros, planos cortos, un enredo de flashbacks y metáforas obvias- se adivina un cierto afán didáctico infantil. El director quiere que sepamos de Miles y, para ello, junta todos los Miles en una misma secuencia (hay ejemplos). Demasiados lugares comunes, retórica barata; demasiadas licencias poéticas demasiado evidentes. Cheadle nos ha tomado por tontos. Es así que la trama navega sin rumbo fijo hasta llegar a puerto, el que sea. Y es el final, y el a modo de videoclip a modo de *happy end* que pone fin a la cinta y nos deja planchados y sin habla en la butaca. Sólo falta el aleluya de las tomas falsas (¿o será que las hubo y no me enteré?).

Pero sobre esto tal vez vuelva más tarde.

Centremos nuestra atención en la elección del director que tanto ha llamado la atención a la crítica biempensante. Caso de que lo ignore el lector, la película habla de Miles Davis, o de alguien que se le parece, en sus años de retiro espiritual en los que permaneció alejado de los focos, los estudios de grabación y el mundo en general. Sus años oscuros, o sea, entre 1975 y 1980 aprox. Los mismos años que uno empleó en enterarse de que, además de chicas, había

algo llamado jazz de lo que nadie hablaba en éste país, lo que lo hacía más interesante. No tardé en comprobar que ambas cosas, las chicas y el jazz, como el jazz y el cine, son básicamente incompatibles. Pero, qué quieren, uno no elige de quién se enamora.

Mi primer “Miles” -¿*Bitches brew*?- se lo birlé a un amigo de posibles: *totus tuus*, Príncipe de las Tinieblas. Luego vinieron los Soft Machine, que no eran Miles, pero se le parecían (o eso queríamos creer), a la discoteca M & M, el templo de rollo, año de 1973, y nos hicimos la ilusión de que esto era lo que no era. Más luego llegaron Dolores, que no llegaron porque ya estaban aquí, más exactamente en el Raíces, sotanillo de Rodríguez San Pedro, en Madrid, del que uno fue asiduo, por razones tanto económicas como geográficas: yo vivía a espaldas del mismo. Como suele suceder con los sótanos, Raíces tenía una escalera angosta por la que se accedía al asunto, y, a su término, un cartel en el que se anunciaba la actuación de Miles Davis en Madrid. De coña, naturalmente.

Vuelvo a aquellos años (en realidad, nunca he salido).

Todo cuanto se refería a Miles estaba envuelto en una nebulosa, tan difusa como todas las nebulosas. Sabíamos lo que nos contaban y, lo que no sabíamos, nos lo inventábamos; que si estaba vivo (había dudas razonables), que si andaba puesto hasta las trancas, que si no quería ver a nadie, sobre todo si ese “nadie” era de raza blanca... el tipo de cosas que, creíamos, consustanciales al músico de jazz. Nada que nos llamara la atención especialmente. Mientras, la CBS -licencia de Columbia Records- nos callaba la boca a base de rebañar el fondo de armario, de donde aquel recopilatorio con el careto del artista en un verde negruzco más bien siniestro y el anzuelo añadido de un par de temas inéditos. Podrían habérselos ahorrado: tampoco teníamos los discos originales. Con esto, que todos nos preguntábamos si alguna vez alcanzaríamos a escucharle. Un decir: en realidad, estábamos seguros de que nunca lo conseguiríamos.

Y entonces ocurrió: “Miles Davis vuelve a los escenarios”. Los japoneses, los noruegos, los británicos iban a poder escucharle. Aquí, bastante teníamos con la puñetera Transición. *Spain is different* y esas cosas.

Doo-bop

Estación de Madrid-Atocha, tren largo recorrido con dirección a Hendaya y, *mutatis mutandis*, Burdeos. Bocata de paté a las finas hierbas y pensioncita en las afueras: todo sea por Miles. En su segunda gira europea después del *comeback* (acaso fuera la primera, soy demasiado vago para comprobarlo), el presunto cadáver está acompañado por un grupo de desconocidos y Al Foster. Y lo que son las cosas: a poco tendríamos al menda hasta en la sopa, con lo que el trompetista se convirtió, un poco, en el estandarte del postfranquismo y la pre democracia, como Raimon con Franco, pero en trompetista cabreado. Su presencia, de acontecimiento, pasó a ser cosa de todos los días. Exagero, claro está.

Le acompañamos en su devenir desde *We want Miles* a *Time after time* y subsiguientes; aprendimos a reconocerle/reconocernos en el ácido de su trompeta rebotando contra el metal y el cemento del pabellón deportivo. Se nos dijo que sobrevivía a zumos de fruta: te lo creías o

no. José Ramón Rubio escribió en El País aquello de “Yo no vi a Miles Davis”, titular a dos columnas, y los que sí le vieron se le echaron encima.

Miles actuaba en palacios deportivos y la crítica respetable tomó partido contra su música, menos Ebbe Traberger, que era respetable pero entendía más de jazz que todos ellos juntos.

(Woody Shaw me toma de la mano, “todos estamos deseando volver a escuchar al Miles de antes”, me suelta. En situaciones como esa, uno siempre da la razón al entrevistado por temor a quedarse sin entrevista).

Entonces el jazz estaba vivo, esa es la diferencia.

Recuerdo la exposición que se le organizó en la galería Aelee –la Movida rendida a sus pies-, su concierto en el sevillanísimo Solar de la Maestranza –Miles envuelto en aromas de azahar, un viaje infernal con DJ Gufi y el vasco Rekalde-, su último concierto en Madrid, con el que, prácticamente, se despidió de los escenarios; su disco post-mortem medio suyo, “Doo-bop”, que convertí en un suceso entre los inadaptados del barrio trabajando como dependiente en un disquería (y el maestro Rodrigo de color escarlata a su paso por el establecimiento según le venían los ecos de su *Concierto de Aranjuez* en la versión de Miles, que le colocaba a traición, para joder, más que nada; que si el asunto le proporcionó sus buenos dividendos en concepto de royalties, su opinión sobre la misma no varió con el paso del tiempo, otra cosa es lo que dijera en público).

Mis encuentros vis a vis con Miles no fueron, en ningún caso, cosa de dar vivas a la virgen; un pasaba por aquí, nada que merezca la pena ser recordado. Hubo, también, sus conatos de entrevista, un par de ellos, según recuerdo. Lo cierto es que ninguno llegó a consumarse por razones que no vienen al caso y tuvieron más que ver con mi falta de interés que otra cosa. Recordarlo me produce sonrojo.

Miles tenía la virtud de hacerme sentir incómodo. Nunca me ha pasado con ningún otro músico de jazz. Bueno, Miles odiaba a los críticos y yo sentía que, de algún modo, aquel que tenía delante de mí no estaba siendo honesto. Uno se hizo crítico de jazz para no tener que pasar por estas cosas.

Estaba su arrogancia, la truculencia de su *mise-en-scène* (no hablo de los conciertos), el magnetismo un tanto inquietante que le adornaba, la teatralidad abrumadora que transportaba del escenario a la rueda de prensa, y viceversa. Miles era una ficción de sí mismo, ¿a qué escandalizarnos, entonces, si viene quién hace fábula de su existencia?.

Freud, aproximadamente

Digámoslo claramente: Miles era de trato difícil, o eso quería que creyéramos. “Tendréis mi arte, pero no me tendréis a mí”, nos estaba diciendo. El Dios Sol había nacido bajo la égida de Géminis, y eso lo explica todo, para Don Cheadle. La psicología no es el fuerte de *Miles ahead*.

Uno quiso ver tras el gesto –de desdén, paso de todo, en realidad me importáis una mierda- un pliego de artificialidad, posturéo, mendacidad, patraña. El boxeador de pacotilla enfadado con el mundo. Sí, pero...

(noto una perturbación en la fuerza, Miles ha pasado su egregia mano por mi hombro, me ha sonreído, ha dibujado media docena de alienígenas escuchimizadas en mi ejemplar de *Sketches of Spain* que alguien terminó por dejar abandonado en algún sitio).

Miles, como todos los genios, juega. Sus piruetas nos distraen y, mejor, nos despistan. Se hace necesario abrir la puerta a su noche oscura para encontrarnos con el Miles frágil, inseguro, tímido (puede que psicológicamente inestable). No afirmo nada; llámenlo intuición, o inconsciencia, o que me hago viejo.

... Miles lírico y distante, oscuro y luminoso, cálido y frío, Sly Stone y Karlheinz Stockhausen. El artista del pueblo convertido en pasto de las elites. Su aparición estelar en un show de Prince (en You Tube) habla por sí misma.

(El trompetista da vueltas en torno al escenario como un león enjaulado. Su solo es una sucesión de clichés y frases hechas. Se aburre, aunque nunca lo va a reconocer.)

Como Picasso, Miles no busca: encuentra. Como Basquiat (acudo al artista haitiano-neoyorquino con nocturnidad y alevosía), se desespera cuando no encuentra y tiene que recorrer las aceras en busca de inspiración. Lo que se cuenta en *Miles ahead*.

Así las cosas, doy con un ejemplar de Playboy, septiembre de 1962, en portada la rubia Mickey Winters, parisina, residente en Chicago, aficionada a la equitación, los siropes de fresa y la música de Cannonball Adderley (¡!). Miles Davis –“controvertido, provocador”- habla desde su apartamento de 5 alturas: “muchacha paga por ir adonde estoy tocando solo porque quieren verme. Han oído que soy un chico malo”.

El pueblo quiere sangre y no va a faltar quien se la proporcione. El plumillas sólo hace su trabajo (el mismo año en que Miles Davis anuncia su retirada, Lou Reed es llevado en volandas al centro del escenario en su concierto en Madrid. El personal espera que le dé un jamacuco, pero Lou resiste. Lo que engorda a los media, mata al artista, literalmente).

Las vidas ejemplares del jazz: leo no sé dónde acerca del *biopic*, ésta vez sí, que se ha estrenado sobre Chet Baker, “una historia en torno a la heroína con el jazz de fondo”, se lee. Me viene a la cabeza la charla de café, o de gin tonic, que mantuve con el director de *Let's get lost* cuando el estreno, y sus palabras, que hice mías, de las que se podía deducir que el trompetista fue un caballero intachable y un mentiroso redomado, como Miles.

Para saber sobre Miles tenemos a Traberg, si bien no son fáciles de encontrar sus escritos, y la bio, que le escribió Quincy Troupe, al estilo verbalizado de las de José Luis Ortíz Nuevo sobre Pericón de Cádiz y La Perriñaca; información de primera mano, no necesariamente fiable.

Cierro la elipsis toxicológica y vuelvo al espectador titubeante del comienzo.

Epílogo 1

Se pregunta el susodicho –un decir- qué distingue a éste sujeto más bien desagradable -violento, yonqui, palabrotero, follador convulsivo- de cualquier otro de su especie, aparte su condición de trompetista (pero de éstos, hay también unos cuantos). Es algo que siempre me ha intrigado: ¿por qué motivo iba el personal en masa a escuchar a Miles?. Podría pensarse que era su música (posible, aunque no probable); o que se parecía en poco a los músicos de jazz de pelo planchado y pañuelo al cuello (un lugar común entre los fans del trompetista); o que *Kind of blue* queda muy propio en medio del *living room*, según se entra, a la derecha (sobre las propiedades de Miles como objeto decorativo léanse las crónicas de Boris Vian para Jazz News).

Se me hace difícil que nadie pueda encontrar una razón para escuchar a Miles Davis después de ver *Miles ahead*. Don Cheadle toma la palabra: “he hecho una película que le hubiera gustado ver a Miles”. Lo dudo mucho.

Entre otras cosas, Miles era guapo.

Epílogo 2

Aprovecho que Al Foster + Albert Sanz y Javier Colina están en Madrid para pasarme por el Café Central. Por dónde, la sala celebra su 34 aniversario, champán y surtido de tartas para todos. En 2015 acompañé el artista en su gira española de infausto recuerdo (para el artista, no para mí).

Sobre el escenario, una batería a modo de parapeto y, tras el mismo, el baterista y una copa de vino, recuerdo de cuando los hombres eran hombres, y el jazz, jazz. El ilustre ex acompañante y algunas cosas más de Miles Davis exhibe esa “capacidad espontánea de penetración que despliega como si nada”, de la que habla Miles en su cosa, su biografía, quiero decir. Profundo y constante, ligero y contundente. El repertorio –mucho Ivan Lins y Chico Buarque- no ayuda.

Saludos protocolarios, recuerdos a flor de piel, champán para dos, *silvuplé*.

Me pide el baterista mi opinión sobre *Miles ahead*. No la ha visto, confiesa. “Tell me the truth, is that Miles?”. Arrima su silla a la mía, me coge de la mano. “Todo es una pura fantasía”, le contesto, en un intento de tranquilizarle. “¿Aparezco yo?”, sigue el interrogatorio. “Posiblemente”, le respondo. “Nadie me llamó”. Un asomo de infinita tristeza en su expresión. “Sin embargo, yo fui su amigo; yo, y Gil (Evans). Durante los cinco años que estuvo fuera de circulación estuve visitándole, prácticamente, todos los días. Él hacía que se enfadaba, me decía que estaba descuidando la educación de cuatro mis hijos... incluso retirado, me siguió pagando un sueldo semanal, “para que no me fuera con otra”, decía, porque no quería que tocara jazz”.

Tiempos aquellos en que llamar músico de jazz a un músico de jazz constituía la mayor ofensa.

- “¿Cómo se llama el tipo ese?”

- “Don Cheadle”
- “¿Y por qué coño habla ese tipo de todas esas cosas?”
- “A mí me lo pregunta...”

Una pausa. “Claro que sabíamos lo que hacía, todo el mundo lo sabía. Pero nunca lo hacía en público. Y lo que el tipo ese cuenta de las pistolas... en todas las veces que estuve en su casa, una sola vez le vi con una pipa. Había unas chicas, y Miles las apuntaba en broma... ¿y ha visto esas fotos?... ¡por amor de Dios!. Miles no iba con esas pintas. Incluso en sus peores momentos, se preocupaba por su imagen. Se pasaba una hora acicalándose antes de cada concierto, si no, no se sentía a gusto sobre el escenario. Pensaba que el público tenía derecho a un espectáculo digno”. El viejo jazzista, de cuando el jazz era jazz, deja escapar un suspiro que es una declaración de principios. “Todo esto es cosa de esos dos”, suelta, refiriéndose a Vince Wilburn Jr. -sobrino del trompetista y cabeza visible de *Miles Davis Properties LLC*- y Frances Taylor-Davis –primera o segunda mujer del aludido, dependiendo de quién hace la cuenta, convertida en la princesita del cuento por exigencias del guión que ella misma ha coproducido-. Quién bien te quiere, etc.

Entra en escena Monserrat García-Albeá, señora de Tete Montoliu, para su suerte y la nuestra, y es el recuerdo de una vieja amistad y un disco que ambos, Foster y Montoliu, grabaron en Nueva York recién reeditado con los dos únicos temas que interpretó Hank Mobley. Ignora el batería que aquella fue la última sesión de grabación del saxofonista.

Montserrat se despide, y yo con ella.

- “una sola cosa: ¿tú crees que debo ver la película?”
- “Para mí que no”.
- “Ah, bueno”.

Chema García Martínez